

Título: 99 VIDAS

Seudónimo: Limón

Si me preguntaran por mi vida, diría que ha sido una vida más, pero si me preguntaran por mi muerte, ¡ay, chico, qué gran muerte!

A mi edad una ya solo se acuerda de lo importante.

Por lo visto nací detrás de una vaca, pero no una vaca cualquiera, una de esas blancas con manchas negras que salen en los anuncios de leche asturiana. ¡Qué hermosura de vacas!

Claro que de esto no me acuerdo, esto me lo contó mi madre, que en paz descanse.

Yo me acuerdo de lo importante, y cuando era niña lo más importante era Blanca. ¡Qué de horas eché jugando con esa condenada oveja!, y ¡cómo lloré cuando le llegó la hora!

Os estaréis preguntando: “Pero vamos a ver Herminia, ¿y tu familia no era importante?” Pues claro que sí, pero cuando a mí se me murió mi oveja yo prefería que se hubiese muerto un hermano, ¡si total tenía once más!; pero como Blanca, ninguna.

De los doce acabé quedándome yo sola, y entonces ya no eché tanto de menos a Blanca.

Mi padre era pastor, así que en mi casa nunca faltaba de comer, aunque claro, en una familia de catorce personas, tampoco se puede desperdiciar. Pero hambre, lo que es hambre, no pasábamos. Y frío tampoco.

La mañosa de mi madre nos hacía la ropa a todos y si algo se rompía, pues se arreglaba.

Ahí cada uno tenía su función; a mí me tocaba siempre ir al mercado del pueblo con una de mis hermanas a vender lo que sacábamos del campo, y oye, que de lo de vender ¡bien!, nunca sobraba nada. Eso es el arte del buen vender, y es que cuando el producto es bueno se vende solo, y una que tiene sus trucos, pues ya sabes.

Cuando teníamos escasez de leche, la mezclaba con agua y si alguno preguntaba, yo siempre que no, que mi leche era la mejor del pueblo y al que dijese lo contrario le iba a mandar yo a mis hermanos, que ¡esos sí que daban buenas leches!

Teníamos también huerto, que de ese se encargaba la Juliana. La Juliana no hablaba, sólo miraba; cuando era pequeña, la muy condenada, se comunicaba a base de pucheros. Mis padres no sabían qué le pasaba a la niña, así que con los años nos acostumbramos a tener una hermana muda. Los hermanos bromeaban con meterla a monja, a ver si así al menos se comunicaba con Dios; pero ella que no. Sólo se la veía sonreír cuando estaba en el huerto. Menudos chistes le contarían las verduras. Y ella sabía de eso, ¡menudo género acababa saliendo!, eso sí que se vendía bien.

La Juliana murió de vieja, que a todos nos llega la hora, ¡concholes!, pero a algunos antes que a otros; mírame a mí, 99 años y que no hay tu tía de morirse, que mi cuerpo pide tumba. Pues que cuando la Juliana murió, habló, ¿y sabes qué dijo? Que le cuidáramos el huerto. ¿Tú te crees? Setenta años sin hablar y sólo se le ocurre preocuparse por su huerto. ¡Que maja era mi hermana, y que buenas calabazas tenía!

A uno de mis hermanos se le ocurrió la idea de tirarle las cenizas al lado de las tomateras, a ver si así seguían creciendo bonitas, y oye, ¡que dio resultado! Menos mal, porque yo de vender sí, pero de plantar poco.

Cuando ya fui moza me casé, supongo que como se casaba todo el mundo por esa época, por la iglesia y con el dinero y las tierras por delante.

Yo nunca he sido muy de misa, la verdad; eso de ir a escuchar a un buen señor hablando de otro señor aún más bueno, pues como que no. Ojo, que yo no digo que Dios, o como se llame, no exista, pero yo no lo he visto, y, si existe, ¿por qué no puede ser una señora? Que hay señoras muy buenas y muy grandes a las que yo confiaría mi vida y la existencia de mis nietos, antes que a un hombre.

Porque claro, ahora los hombres ya hacen, pero en mis tiempos nada más que sabían quejarse y esperar a que una se lo hiciera todo.

Benditos tiempos modernos, yo aquí soltando pestes de hombres y de misas y nadie viene a detenerme, con lo que me hubiese gustado a mi ser una revolucionaria, como Matilde Landa, y levantar el puño. ¡Benditos tiempos!, ya lo único que levanto es la olla de los garbanzos y el pestillo de la cancela cuando vienen estos de visita.

Volviendo a mi boda, que una se desvía del tema, me casé con un gran hombre, que se quedó chico con el paso del tiempo.

¡Ay. mi Antonio!, qué bueno era. Hijo de militares, le tocó la guerra, y ¡qué guerra! Tampoco me voy a dar yo de entendía en estas cosas de bandos, pero yo ya sabía que unos eran malos y otros menos malos, y que mi Antonio iba con los menos malos.

Y tú dirás, que quienes son los menos malos, pues ¡los que no ganaron!, porque los que ganaron nos quitaron las tierras y me mataron a dos hermanos. Y si hubiese sido al revés, se las hubiesen quitado a otros, pero oye, nosotros tan tranquilos.

Y ahí que nos pusieron a un hombrecillo enjuto y que gritaba mucho a dar órdenes por obra y gracia del Estado Español.

Pues mi Antonio volvió de la guerra con hambre y cara de haber visto muerte. Y el mi pobre no dormía bien. ¡Veintidós años y ya con cara de viejo!

¡Qué vida más sacrificada que tuvo él!, que sólo quería montar un negocio familiar, y al final, se tuvo que contentar con el campo, porque dinero no había y negocio menos.

A mi Antonio lo conocí en el mercado. Él venía con su madre, muy buen mozo él. Que querían una docena de huevos, tres litros de leche y un manojo de cebollas. Y a mí me estaban entrando los siete males, ¡qué cara de tonta se me puso!, ¡qué ojos!, ¡qué alto! Mi hermana se dio cuenta de que yo no estaba para atender y me empezó a dar codazos por debajo del tenderete. Y él, que se sabía guapo, empezó a reírse y el muy pícaro me guiñó un ojo sin que su madre lo viera.

Cuando se fue, se giró a mirarme, y a mí con los nervios se me cayeron dos huevos al suelo. En ese momento le dije a mi hermana, que ese era mi futuro marido, pero que él todavía no lo sabía. Y así fue, casados no, ¡casadísimos!, y la cara de tonta se me quedó hasta el último día de nuestra vida juntos.

Y llegaron los hijos, cinco sin ir más lejos, y ¡qué hijos! Dos hembras y tres varones. Altos como su padre y guapos como yo.

Hicieron carrera, porque otra cosa no, pero cultura tenemos, que luego dicen de los pueblos, y a mucha honra.

Uno me salió médico, mi Fernando, ¡qué bendito es!, y ¡qué pesado!, todo el día intentando darme citas y hacerme análisis. Yo, que soy poco de médicos, que cuando muera, morí. Que desde que se fue mi Antonio ya no me queda nada que hacer y ¡qué coña!, ya tengo 99 años y va siendo hora de que la hingue.

Andresito, el pequeño, que quería ser piloto de aviones, o de coches, de esos que corren mucho. La cosa era pilotar algo, y acabó pilotando ordenadores. Yo de nuevas tecnologías no tengo ni idea, esas cosas no me dan tarifa plana con la tumba, así que no me interesan. Pero él que sí, que hay que modernizarse. Pues me plantó un aparato con luces en casa y otro aparato azul, que de vez en cuando suena y me despierta de la siesta. A ver para que quiero yo un teléfono móvil, si mis amigas están todas sordas o muertas y la familia no llama.

Mari Carmen salió maestra. Ya de pequeña le gustaba dar lecciones a sus hermanos. Todo el día rodeada de niños y ella estéril que quedó. Que dice que es madre de veinticinco hijos y que así es feliz, que en su casa no la molestan.

Isabel quería ser actriz, y ahí que se marchó, con 20 años, a la capital, a probar suerte. Hizo un par de anuncios en los que salía probando cosas y diciendo lo buenas que son, pero de actriz nada de nada. Al final se casó con un señorito de bien y ahí que está ella de señora de su casa, con los niños en colegio privado y una extranjera que se los cuida por las tardes.

Y por último, mi Juan, ¡ay, Juan!, ¡qué lástima! Ese no quiso estudiar, pero tampoco quería campo, mira que lo intentamos llevar con sus primos al “ganao”, pero él que no, que eso de limpiar la mierda de los animales no es cosa suya, que él sólo quería una moto. Pues al final tuvo moto, y bien tenuta. Y ahí que se mató, él y su moto, en una curva mal avenida de una nacional.

Cuando me llamaron que mi hijo había tenido un accidente, yo ya sabía que iban a ser malas noticias, era un inconsciente desde pequeño. Cogí el bolso y agarré a mi Antonio y

allí que nos fuimos corriendo. Y cuando llegamos, le vimos, y tampoco había mucho que ver, estaba destrozadino el mi niño. Y el entierro fue bonito, que lo organizaron las hermanas, y vino todo el pueblo, y amigos suyos de cuando se iba de parranda a la ciudad. Veinticinco años que tenía y toda la vida por delante. ¡Ay, Juan!, ¡qué cabra loca!, con lo guapo que eras y no me diste nietos.

Lo pasado, pasado está, y a los muertos no hay que llorarlos, hay que reírles la vida que han tenido, que por muy mala que fuese, siempre sacas algo bueno.

Pero cuando se murió mi Antonio, ¡ay!, eso fue otra cosa. Le dio un infarto en la noche. Ya decía yo que era raro que no estuviera roncando, ¡qué susto me metió! Toda la vida junto a ese hombre y no se le ocurrió despedirse, ¡si es que era poco detallista!

Y ahí que se fue a la tumba y me dejó sola con cuatros hijos, ocho nietos y una gata. Y de ahí, la que más caso me hacía era la gata.

Los primeros días bien que se preocupaban, ay mamá esto, ay mamá lo otro, pero fueron pasando los meses y ya sólo vienen cuando hay que cuidar a los nietos o en fiestas de guardar.

Yo de mis nietos no me quejo, porque son unos soles, y si no lo son eso ya que se encarguen sus padres, que una ya está mayor para andar dando lecciones. Sé que no es muy agradable pasar el día con una vieja chocha como yo. Por eso me sorprendió que un día me llamara Fernando para decirme, que la niña quería pasar conmigo unos días en el pueblo. Una, que sabe más el diablo por viejo que por diablo, supuso que se habría echado algún noviete en las fiestas de verano y ¡claro!, ¿cómo le voy a negar yo nada a mi nieta? Pues aquí que se vino conmigo.

La verdad que lo pasamos muy bien, y ella, curiosa como es, le dio por investigar en el doblao, a ver qué encontraba. Y encontró viejos álbumes de fotos en los que mi Antonio y yo parecíamos salidos de un anuncio de esos de cuando apareció la Coca Cola.

Uno de los álbumes contenía los recuerdos de la mejor etapa de mi vida y de un país del que me enamoré.

Corrían los años 50, recibimos carta con remite cubano, en la que uno de los hermanos de Antonio, que emigró a la isla en 1920, nos invitaba a la boda de su hijo. Dentro del sobre iban dos billetes de ida.

Y allí que nos fuimos mi Antonio y yo. A los hijos los dejamos en casa y sin preocupaciones, que en un pueblo tan pequeño, todos somos familia y nunca pasa nada.

¡Qué maravilla de país!, ¡qué gente más alegre y qué colorido todo!

Mi cuñado había hecho fortuna con el tema de los puros y tenía a los hijos bien colocados en puestos de la empresa. La casa, ¡vaya casa!, enorme, con piscina, en el barrio de Miramar de La Habana. Allí que nos hospedaron, en una habitación más grande que nuestro salón.

Nos quedamos allí por espacio de dos meses y fueron los dos mejores meses de mi vida. Sin preocupaciones, solos mi Antonio y yo, en aquella maravillosa ciudad en la que todo parecía estar diseñado para incitarte a quedarte.

Fuimos a la playa, a conciertos, a bailar... Hicimos muchas amistades que a día de hoy ya no están.

Recuerdo un día, en el que decidimos salir los dos matrimonios a un barecito cerca del malecón. Nos sentamos en una mesa con vistas, pedimos lechón asado, tostones y ajíaco y de beber, como no podía ser de otra forma, unos mojitos. Cuando acabó la cena, nos dijeron que esa noche tenían actuación en directo, de una chica de Costa Rica que cantaba divinamente. Divinamente no era la palabra para describir su voz, divinamente se le quedaba corta. Me hizo llorar y reír al mismo tiempo y cuando acabó el concierto, mi cuñado la invitó a sentarse a la mesa con nosotros. Se llamaba Chavela, Chavela Vargas. Años después se hizo famosa, y yo tengo todas sus cintas.

Aquella noche acabamos en la playa, fumando los habanos de mi cuñado y escuchando a la gran Chavela cantar, mientras nos reíamos con el frenesí de los mojitos. Y, en ese momento, supe que el día que me llegara la hora, quería morir así, en esa playa, fumando un habano y escuchándola a ella.

Chavela murió en el 2012, y la pena me invadió, pero menos mal que las grandes voces quedan grabadas en la memoria para siempre.

Por mi 75 cumpleaños, los hijos me llevaron a un concierto del maestro Joaquín Sabina, y cuál fue mi sorpresa cuando junto a él en el escenario estaba ella. ¡Ay, niño, qué alegría me dio y cómo lo disfruté!

Volviendo al presente, después de ese fin de semana con mi nieta rememorando anécdotas, se me metió en la cabeza la idea de volver a Cuba antes de morir. No había tenido oportunidad de ir antes, y ahora que tenía unos ahorrillos era la mía.

Reuní a los hijos un domingo a comer y, en los cafés, lo solté. Primero empecé tanteando el terreno, que qué iban a hacer cuando me muriera, y -¡cómo no!- “ ¡Ay, mamá!, no digas esas cosas que todavía te queda vida”. ¡ Qué pesados con la vida, que yo ya quiero muerte y estos no se enteran!

Les dije que me quería ir de viaje y pensaron que me refería a Benidorm, con el Inverso, y yo que no, que a Cuba. “Pero cómo te vas a ir a Cuba, mujer, con lo lejos que está eso, además ahora que se ha muerto Fidel está la cosa revuelta”. Pues yo me quiero ir a Cuba, ¡coña! Que si estás muy mayor, que a ver si me iba a pasar algo. Pero si es que yo quiero que me pase, y que me pase ¡ya! La otra, que claro, que si me iba les dejaba sin herencia. Yo ya por eso no paso, desagradecidos no, mi dinero es mío y yo no quiero ser la más rica del cementerio. Y ahí se montó la de Dios.

Cuando se fueron, Andresito se quedó conmigo y me dijo, que si de verdad yo quería irme a Cuba, que él me lo organizaba todo. El pobre siempre ha sido muy de su madre y claro, él sólo quiere que muera feliz. Pues le dije que sí, que yo me iba y el pobre pues me preparó el viaje, pero con una condición, que él se venía conmigo. Y claro, cómo va a decirle una madre que no a su hijo. Además, Andrés era soltero y autónomo, no le vendría mal que le diese el sol con lo paliducho que está.

¡Ay!, nuestra Cuba, Antonio, que vamos a volver a ir, a volver a caminar y a reír en esas playas. Porque claro está, mi Antonio siempre viene conmigo, siempre lo llevo encima.

Al resto de los hijos no les dijimos nada, le hice prometer a Andresito que no diría ni una palabra a sus hermanos hasta que no estuviésemos en el aeropuerto. No quería que nada ni nadie se interpusiesen en mi viaje. Él, bueno que es, cumplió su promesa y por fin llegó el gran día.

Me levanté temprano para acicalarme, porque una no monta en avión todos los días y revisé la maleta, que tenía preparada desde hacía dos semanas. A las nueve en punto estaba allí el hijo a recogerme con un amigo, que nos llevaría hasta el aeropuerto y, una vez allí, cuidaría del coche hasta la vuelta. Nuestro vuelo salía a las seis de la tarde, y

teníamos que embarcar media hora antes, según me explicó el hijo. Iba de los nervios, sólo había montado en avión una vez en mi vida y hacía por lo menos 50 años.

Cuando llegamos al aeropuerto aquello me pareció enorme, yo no lo recordaba así, qué espacioso y qué blanco, y qué de gente. Bajamos las maletas del coche y nos dispusimos a entrar en aquel enorme edificio. Una, que venía ya con hambre, quería comer algo, pero claro, a ver dónde coña estaban las cosas de comer. Yo nada más que veía gente y carteles por todos lados. ¡Ay!, menos mal que me acompañó Andresito, si no me veo más perdida que un borracho en un bar.

Por fin encontramos una cafetería, muy moderna, sí señor, con unos vasos de cartón que, a mi parecer, hacían que el café supiese a papel. “¡Que tiquismiquis eres, madre!”, me dijo el hijo. No, tiquismiquis no, encima que vamos a pagar una burrada espero que sea café de verdad. Menos mal que vamos a Cuba, que otra cosa no, pero café tienen, y bueno ¿eh?, no como aquí, que ponen café cubano o de Colombia y eso sabe a pis de gato.

La odisea fue encontrar la puerta de embarque, de verdad, ¡bendito hijo que me acompañó!, para mi estábamos dando vueltas en círculos, eso era todo igual, ¡qué mareo me pillé!

Ya en el avión, unas muchachas encantadoras nos explicaron lo que había que hacer en caso de accidente, y yo preocupada, porque hombre, que una se quiere morir, pero ahora que estoy a nueve horas de reencontrarme con mi Cuba, pues ¡como que no!

Y el viaje se pasó rápido, no sé si por los calmantes que me metí a escondidas en el bolso o porque la azafata me puso un vinito que me cayó la mar de bien. Y, ¡por fin!, cuando el avión aterrizó y miré por la ventana, estábamos en Cuba.

Casi me caigo por las escaleras del aeropuerto de la emoción, ¡qué ganas tenía de salir de allí y respirar ese aire! ¡Qué ganas de pasear por esas calles y mirar a sus gentes! ¡Cómo había cambiado todo! ¿eh, Antonio? Al igual que nosotros. Pero seguía siendo aquel paraíso en el que una vez me sentí como en casa, y esa era la sensación que tenía en ese momento.

Los siguientes días los dedicamos a recorrer La Habana, como hacía años que no la recorría. ¡Qué bonito estaba todo! Incluso fuimos al café en el que un día conocimos a la

gran Chavela, y, para mi sorpresa, ahí seguía el local, vivito y coleando y con la misma carta de cócteles que en los 50.

Todo me recordaba a ti, mi Antonio, esa pareja besándose en el café, esos dos tirados en la playa y aquellos paseando de la mano por el malecón. ¿Te acuerdas de cuando éramos felices? ¡Ay, mi vida, cómo te echo de menos! Tranquila, Herminia, que ya queda poco para volvernos a abrazar.

Aquí que me hallo, hablando con los muertos, y es que yo lo siento, que ya tengo un pie puesto en el otro barrio y eso me hace sentirte aún más cerca. Pero oye, tampoco te pienses tú que se me está yendo la cabeza, que yo estoy muy cuerda.

Llevamos aquí dos semanas y esta mañana me levanté con más energía de la normal y lo supe, supe que era el momento, así que cogí a mi Andresito y le pedí por favor que me llevara a la playa. Él, encantado, todo con tal de hacerme feliz.

Y aquí estoy, sentada en una tumbona, mirando al mar y de reojillo veo cómo Andresito flirtea con una muchacha de curvas generosas. Parece que se gustan. ¡Ojalá este chico siente cabeza!, y nada me haría más feliz que verle en estas tierras y contento de haber encontrado por fin a alguien que le quiera.

No sé si es por el sol, pero juro que te estoy viendo, Antonio, te estoy viendo y casi que te puedo tocar. No, no, que yo no estoy loca, que eres tú canalla. ¿O sea que aquí es dónde me estabas esperando? Ya podrías haberme avisado antes, qué calladito te lo tenías. ¡Ay!, pero ¡qué guapo estás!, con tu camisa blanca y tus pantalones de lino. Ven, siéntate aquí conmigo y enciéndeme un habano, que ahora que nadie nos ve quiero disfrutar de unas caladinas.

Me está pareciendo escuchar de fondo a mi Chavela; dime, Antonio, dime que es ella. ¿De verdad? ¿Para mí? Pero qué romántico te ha vuelto la muerte. No, no, el cura dijo hasta que la muerte nos separe, pero yo digo que hasta que la muerte nos vuelva a unir, y ahora nos queda toda una eternidad juntos.

Y justo cuando le di la última calada a mi habano, la voz de Chavela subió de volumen y entonces, entonces... ¡morí!

Y chico, qué quieres que te diga, después de 99 vidas, ¡esto sí que es una gran muerte!

Este relato ganó el premio de la categoría local en el V Certamen de relatos cortos “Villa del esgrafiado”, de Valdefuentes (Cáceres), en agosto de 2018.

La autora que se esconde bajo el seudónimo “limón” es Yolanda Yáñez Corral.